

Victoria Díez y Bustos de Molina. Enseñar y educar, rostro de la misericordia

Consuelo Flecha García

Universidad de Sevilla

Introducción

Cuando leemos en la carta *Misericordia et misera* del Papa Francisco que “la misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia”, porque “todo se revela en la misericordia”, seguramente sentimos más intensamente la llamada a contrastar nuestra vida, en el presente, a la luz de esa manifestación concreta del amor y de la empatía hacia quienes nos rodean. Al mismo tiempo, nos proporciona el gusto de acudir una vez más a los innumerables testimonios que, a lo largo de los siglos, dan noticia de tantas personas llevándola a la práctica de múltiples formas, como fruto de un compromiso coherente con el Evangelio de Jesús. Mujeres y hombres encarnando en su propia identidad y en su conducta una cualidad humana y espiritual “que permite mirar más allá y vivir de otra manera” (*Misericordia et Misera*, 1).

El contexto propositivo y alentador de los mensajes del Papa Francisco con motivo del Jubileo extraordinario de la Misericordia, nos da la oportunidad de recordar a alguna de esas personas que decidieron infundir en su actividad cotidiana el espíritu de misericordia que experimentaban como un don en ellas mismas, y del que buscaban ser mediación generosa y gratuita para otras. Así nos hemos propuesto hacerlo en estas páginas eligiendo a una mujer joven del primer tercio del siglo XX, inteligente, dinámica, creativa, alegre, que frecuentó en Sevilla las aulas del Colegio de Carmelitas de la Caridad y de la Escuela Carmen Benítez y que en la adolescencia quería y se formaba para ser pintora en la Escuela de Artes y Oficios, si bien, enseguida, un proyecto familiar más realista para su futuro, la encaminó hacia la carrera de magisterio: “Aunque no creía tener vocación docente, se debatía entre la docilidad a la solicitud de sus padres y ser fiel a sus propias aspiraciones” .

La vocación de Victoria

Victoria Díez y Bustos de Molina (Sevilla, 11 de noviembre de 1903-Hornacuelos, Córdoba, 12 de agosto de 1936) acogió esta decisión sin convencimiento por su parte, y tardará en

identificarse con el devenir ulterior de esos estudios. El cambio de actitud llegaría con el Título de maestra obtenido y mientras preparaba las oposiciones para obtener plaza en una escuela pública. Es entonces cuando descubre en ella capacidades que no había explorado, motivaciones que reorientaban su energía hacia nuevas inquietudes, sentimientos que la guiaban hacia un estilo de presencia en el mundo marcado por la vivencia de la fe en Jesús y por la voluntad de expresarla difundiendo el mensaje y valores evangélicos. Desde esta reorganizada conciencia de sí misma empezó a descubrir otro sentido al ejercicio del magisterio en las aulas, y nacieron de su entusiasmo juvenil ideales, deseos y proyectos que estaba dispuesta a cumplir. Era la consecuencia de una sacudida interior incuestionable, que no admitiría en adelante ninguna posibilidad que significara vuelta atrás.

Finalizados los estudios en la Escuela Normal de Maestras de Sevilla va a acudir junto a otras compañeras de promoción a la Academia Santa Teresa que se había inaugurado en la ciudad poco antes, en septiembre de 1925, en la calle Santa Ana n.º 51; un centro donde se apoyaba cultural y pedagógicamente a las maestras que preparaban el temario de las oposiciones a escuelas de enseñanza primaria. En ese lugar recibe no sólo refuerzo de los conocimientos requeridos, de los principios y prácticas metodológicas que facilitaban un mejor aprendizaje, de los recursos y las destrezas de la denominada entonces pedagogía moderna, sino también observa y disfruta de un ambiente de relaciones de cercanía entre profesoras y estudiantes, de confianza en las expectativas que ofrece la educación, de una espiritualidad que cultivaba la experiencia interior y de un compromiso cristiano vivido como seglares en la Iglesia y en la sociedad.

Participa además de un grupo de maestras católicas acompañado por las Religiosas de María Reparadora en su convento de la calle Santa Clara, donde realiza unos Ejercicios Espirituales que le ayudaron a profundizar en su fe, a valorar la vida de oración y donde se despierta en ella el espíritu misionero; ese que le haría decir más tarde: “No me importa ir, aunque sea al fin del mundo”.

Con esta disposición personal asiste en la Academia a una conferencia sobre “La pedagogía de Santa Teresa” impartida por la directora del centro, la sevillana Josefa Grosso, profesora de Pedagogía de Escuela Normal, en la que escucha con atención el tipo de magisterio ejercido por Santa Teresa de Jesús y las características del asociacionismo católico representado por la Institución Teresiana. Fue “la tarde del encuentro”, como Victoria recordaría siempre este momento, pues desencadenó, en una secuencia sin intervalos, el descubrimiento de su vocación educadora, de una llamada espiritual determinante y de una modalidad de compromiso eclesial que contemplaba dos dimensiones importantes para ella, el ejercicio profesional y la atención que, como hija única, debía a su familia.

Pudo experimentar en estos acontecimientos que “la misericordia de Dios actúa para cambiar, convertir y transformar nuestro corazón” (Misericordia et Misera, 11), abriéndole horizontes de libertad no imaginados antes. “Aquí está mi vocación” debió pensar Victoria al conocer el proyecto y la Obra de Pedro Poveda en la que podía vivir la entrega a la misión de Jesús desde, y en, las responsabilidades profesionales para las que se preparaba, las educativas. Certeza y sentimientos que comunicó, satisfecha, a una amiga diciendo: “Qué bueno es Dios que nos da a medida de nuestros deseos”.

Espacio para la misericordia

Su primer destino como maestra será la Escuela de Cheles, un pueblo de Badajoz en la frontera con Portugal. Se ha informado de que el viaje va a ser largo, con varios medios de transporte y trasbordos. Había esperado la asignación de escuela con la intranquilidad propia de quien se estrena en una aventura inexplorada, y en el modo de compartir la noticia revela, primero sorpresa: “¡Por fin llegó mi pueblo!”, después un diagnóstico poco alentador: “Según las noticias que hoy tengo, el pueblo no puede ser más malo. Carece de todo medio de comunicación”,

al que se sobrepone para afirmarse en la obediencia de la fe: “Yo, por mí, estoy conforme con la voluntad de Dios, y no me importa ir, aunque sea al fin del mundo, si allí he de darle gloria a Dios y ganarle almas”, y darse ánimo a sí misma: “Recuerdo ahora esta frase de Santa Teresa: hay que ser santamente intrépidas”.

En verdad, las primeras informaciones que recibe no son muy estimulantes, pero es clara su disposición personal de acoger la voluntad de Dios, de afirmarse en lo que de verdad le importa, y piensa con esa finalidad en referencias que son recias, en las que se sustenta. Dos meses más tarde vuelve a escribir sobre el pueblo con una mirada de benevolencia: “No es malo, lo que ocurre es que nunca han tenido una persona que los guíe y los forme, y esto viene de padres a hijos. [...] El Sr. Cura es muy bueno y celoso, pero le hacen poco o ningún caso”.

Se llena de la energía que le va a ser muy útil desde su llegada al pueblo en agosto de 1927, para convertir el local dedicado a aula escolar en un espacio estético, acogedor, atractivo para el aprendizaje. Las niñas no estaban acostumbradas a asistir a la escuela, en muchos casos porque todas las horas eran necesarias en sus hogares. Victoria habla con cada familia y no solo llegan como alumnas, sino que un grupo de jóvenes y algunas madres frecuentan las clases para adultas que inaugura. Ese rostro de la misericordia que se ha formulado históricamente como “enseñar al que no sabe”, lo vive esta maestra novel haciendo que aquellas niñas, y aquellas mujeres, experimentaran sus propias cualidades, crecieran personalmente con el desarrollo de actitudes, el cultivo de valores humanos y espirituales, apreciaran más la cultura escolar y mejoren en destrezas útiles.

Hace, igualmente, una llamada a las jóvenes para organizar la Asociación de Hijas de María, y la respuesta recibida es tan positiva que enseguida se constituye y comienza la realización de actividades. En pocas semanas el proyecto de colaborar en la promoción del pueblo va dando sus pasos, encuentra alianzas y complicidades.

Toda una red de cercanía y de atención a grupos de distintas edades que va a tener resonancia no solo por lo que significaba de clima humano que producía satisfacción, que ampliaba intereses, que generaba inquietudes y aspiraciones diferentes, sino porque también revitalizaba una fe que conservaban un tanto adormecida. El evangelio se lee y comenta en los grupos, vuelven a participar en las ceremonias litúrgicas, se preparan y celebran los sacramentos, ninguna persona con necesidades se siente sola.

Al mismo tiempo, no se olvida de las amigas y compañeras que ha dejado en Sevilla manteniendo con ellas una abundante correspondencia que provocaba su admiración por lo que les contaba, pues no omite la dificultad que entrañaba el tipo de presencia y de acciones emprendidas. Pero era la única forma de llenar de coherencia su vida y de responder a las motivaciones de ese modo de proceder: “La primera condición es querer. Hay que querer con ánimo esforzado y valeroso, pues no se trata de obra fácil, sino de algo muy difícil”.

Salir al encuentro de cada persona y, en este caso, haciéndola protagonista de un derecho reconocido desde hacía décadas en España, la educación escolarizada, pero que todavía en aquellos años no llegaba a toda la población, era una de las dimensiones en que Victoria concretaba su talante misericordioso. No le era ajena “la relación existente entre justicia y misericordia”, dos formas combinadas, dos indicadores de la mirada a una única realidad cuando interviene el amor y la bondad, cualidades que preceden, acompañan y son percibidas en lo que desprenden de gratuidad. Además de realizar ese servicio desde el testimonio explícito de una fe que se manifiesta y es proclamada en el acontecer diario, que se siembra con palabras que buscan ser eco de la acción de Dios en el interior de cada persona.

Un talante, una condición personal, que no se improvisa como esta maestra sabía muy bien, por eso frecuentaba el lugar donde se recibe luz, fortaleza, aliento y amor; así lo expresa en una de sus cartas: “al pie de mi Sagrario encuentro fuerza, aliento, luces, y el amor suficiente para las almas que me están confiadas”.

Trascurrido el curso escolar, circunstancias familiares le aconsejan la solicitud de traslado a una población más cercana a Sevilla. La estancia en Cheles ha sido corta, de apenas doce meses; sin embargo, ese tiempo trascurrido dejó huella en el pueblo extremeño. Su memoria ha permanecido a lo largo de los años en aquella gente de una manera tan intensa -como se comprueba al visitar esa localidad-, que cuando el Ayuntamiento decidió crear la Casa de la Cultura, el nombre elegido para ese centro fue “Victoria Díez”; y colocó su imagen presidiendo el frontal del edificio junto al escudo de la localidad. También en la Parroquia está Victoria, el lugar de las catequesis, de las celebraciones, de la oración, espacio sagrado que contribuyó a llenar de vida con su coraje, trabajo y cuidados desplegados.

En tiempos de misericordia

Su segunda escuela fue en un pueblo de la sierra de Córdoba, en Hornachuelos. Ocho años de intensa actividad escolar y extraescolar. Enseguida vio la necesidad de disponer de un edificio escolar y, al amparo de la normativa gubernamental vigente, gestionó su construcción con una estructura adaptada a los modelos de aprendizaje que aplicaba acordes con las innovaciones pedagógicas y didácticas del movimiento internacional de la Escuela Nueva. Porque fue una maestra que trabajaba en el aula con la metodología de actividad y protagonismo de las alumnas en las tareas escolares, apoyadas por la atención y guía personalizada de la maestra. Organizaba paseos por el campo para aprendizajes basados en la observación de la naturaleza, y en su planificación eran frecuentes las clases al aire libre aprovechando el terreno colindante. Montaba exposiciones con los trabajos de las alumnas como la celebrada en 1931 de la que hizo este comentario: “Acabo ahora mismo de recibir al Ayuntamiento en pleno y una representación de obreras para ver la exposición escolar. Yo estoy satisfecha pues han salido complacidísimos y me han felicitado muchas veces”.

Siguió cultivando el estilo de relaciones cercanas que deseaba entre maestra y alumnas, en un ambiente que no impidiera la espontaneidad, la alegría, la cooperación. Junto al aula estaba el despacho de la maestra para el diálogo con las familias y con las alumnas que necesitaran mayor apoyo; con una mesa donde ella estudiaba, preparaba las clases, seleccionaba las lecturas y los ejercicios de la semana, donde los evaluaba. Después de la jornada escolar de mañana y tarde comenzaba la clase nocturna para mujeres adultas. Y todavía, el animar una labor de promoción cultural a la que concedía mucha importancia, la Biblioteca escolar circulante que creó para alumnas y antiguas alumnas, pues el hábito de lectura contribuía a que lo aprendido no se desvaneciera y a que el gusto por el conocimiento no perdiera atractivo.

Vocación educadora de una mujer de fe, de una católica consciente, de una seguidora de Jesús con anhelos misioneros desplegados en los lugares donde la vida la fue colocando. De acuerdo con la cual, al desempeño de su profesión en la escuela y a las implicaciones sociales de esa tarea, unía la participación en la parroquia ocupándose de varios de los servicios de acción pastoral. Animaba las actividades de iniciar, de ampliar o de profundizar la formación religiosa impartida, mientras eso fue posible, en la escuela. Programaba y atendía las sesiones de catequesis, facilitaba la participación en los actos litúrgicos. Coordinaba y se ocupaba de la formación de los catequistas, de jóvenes a quienes llamaba a colaborar en la responsabilidad de animar la fe de niñas y niños; una dedicación que, a su vez, alimentaba y daba profundidad a la suya.

Toda esta actividad, junto a la evidencia de su testimonio de oración diaria y el recuerdo oportuno y constante a su entorno de mantener viva la fe y de expresarla en obras; significaba un incentivo de renovación interior que movía corazones y transformaba trayectorias personales.

Organizó el grupo de Acción Católica Femenina con el que mantenía reuniones periódicas de estudio, además de ocuparse personalmente de que funcionaran también los círculos de estudio de la Acción Católica Masculina: “Aprovechaba los momentos que estaban a su alcance

para orientarme y facilitarme el material necesario para los círculos de estudio”, reconocía uno de aquellos jóvenes. Las notas tomadas de los diálogos en esas reuniones nos permiten asomarnos a los mensajes que recibían sobre el modo de encarar la vida: “Hay que vivir de realidades, y si esa realidad es dura, es áspera, perfumémosla con el sacrificio, que eso es de más fundamento que soñar”, escribía en 1935 cuando las dificultades crecían. Nos muestra, por ejemplo, alguno de los rasgos de la espiritualidad que fomentaba en esas jóvenes de Acción Católica: “No os asustéis creyendo que esta unión con Jesucristo os mermará la alegría y las expansiones de vuestra juventud; muy al contrario, las aumentará, pero las aumentará santamente, que el que vive unido a Jesucristo tiene en sí la verdadera alegría; por tanto, no temáis que al ser piadosas os vayáis a volver tristes, no penséis eso siquiera”. Una vida espiritual cristocéntrica, de relación personal gratificante, que siendo auténtica alejaba de la tristeza y de la rigidez. Experiencia de estar habitadas para poder anunciarlo: “Hay que saber llegar a Dios dentro de sí y con sencillez mostrarlo”. Focalizando una de las imágenes esenciales del evangelio, ser sal, que exigía una buena formación: “¿No apetecéis vosotras ser sal de la tierra? Pues aplicaos a vuestra propia formación”. Estímulo cultural que no dejaba de transmitir: “¿Ciencia? No os alarméis de la palabra. No pretendemos hacer de vosotras ningún Santo Tomás [de Aquino] [...] Ahora sí que, si pudiéramos, os haríamos a todas [...] Teresas [de Jesús]”.

Igualmente, en la correspondencia con otras personas, como Paula, una alumna de la Academia de Sevilla a la que ofrece sabios consejos para el cultivo de una vida espiritual interior, personal, de relación sentida: “No seas mujer de novenas, sino alma de oración. Sin oración no es posible el adelanto espiritual [...] No te acostumbres a pronunciar muchas oraciones de rutina; una, salida del corazón y compuesta a tu modo, es como un dardo encendido que va a parar al corazón de Dios”. O en el caso de su amiga Carmen Ródenas para desahogarse contándole en marzo de 1936 sus miedos y su esperanza: “Hemos pasado tres días de pánico grandísimo, pero gracias a Dios estamos sanos y salvos. Ahora, que siempre en espera de... lo que quieran. [...] Y si soy yo... parece que me han chupado las curianas a pesar de estar conforme con la voluntad de Dios y muy dispuesta a todo”.

Destacaba por una actitud sostenida de compromiso social con quienes estaban en desventaja, carecían de medios, sufrían las condiciones de trabajos temporeros al albur del clima, de las cosechas, de la oferta y demanda. El pueblo, sin pregonarlo, contaba con su disponibilidad para resolver los problemas que acudían a plantearle. Para ello, con sus propios recursos, solicitando la colaboración de personas de solvencia económica o tramitando ayudas municipales y otras, contribuía a la redistribución de los bienes de subsistencia que sus manos podían conseguir: alimentos, vestido, medicinas, atención médica. Muchas de sus alumnas fueron especiales destinatarias, y las familias con esas necesidades básicas, auxiliadas de mil formas.

La misericordia como valor social encerraba una evidencia evangélica que la llevaba a no quedarse inmóvil “para que la justicia y una vida digna no sean sólo palabras bonitas, sino que constituyan el compromiso concreto de todo el que quiere testimoniar la presencia del reino de Dios”. (Misericordia et Misera, 19). Justicia y dignidad eran en Victoria mucho más que palabras atractivas y suspiradas realidades.

No eludió tampoco la responsabilidad cívica que cumplía con su participación en órganos administrativos dependientes del Ayuntamiento; en concreto, en la Junta Municipal de Educación -actuó varios años de secretaria de la misma- y desde 1935 en el Consejo Local Escolar de la Primera Enseñanza, del que fue nombrada, por unanimidad, presidenta. Unos encargos complejos que requerían la toma de decisiones precedidas de debates entre distintos intereses, ideologías y partidos; pero donde sabemos que su criterio y sus aportaciones fueron escuchadas por las autoridades al frente del Ayuntamiento de diferente procedencia ideológica en aquellos años: “Nosotros, cuando hablábamos de ella todos coincidíamos en que en Victoria teníamos una excelente maestra, querida por todos”. Colaboración que no le impidió oponerse en algunos momentos a lo que consideró injerencia en su labor como maestra.

Una mujer artista como ella, admiradora de las obras de arte, sentimiento que intentaba suscitar en sus alumnas, encontró alternativas a la legislación que durante unos años impidió que el

crucifijo presidiera las aulas, seleccionando para sus lecciones y exposición en clase imágenes religiosas de los grandes pintores españoles. Una presencia en el aula con legítimo propósito cultural que, al mismo tiempo, mantenía en la retina el mensaje original que representaban. Jesús Fernández Monserrat, maestro compañero de Victoria de 1931 a 1934, recordó a este respecto lo siguiente: “cumplió con las disposiciones oficiales de supresión del crucifijo, pero no perdía ocasión de protestar por ellas y de demostrar su disconformidad en privado y en público en cuantas ocasiones se presentaban. La protesta pública tenía lugar siempre en forma delicada o un tanto velada en las reuniones del Ayuntamiento o en actos parecidos”.

La gracia de dar y de recibir

La vocación de maestra a la que con tanta satisfacción había despertado repentinamente, la desempeñaba desde esa intuición educadora, entonces escasamente incorporada a la ciencia pedagógica, del amor como fundamento, ambiente y mediación de cualquier aprendizaje. En su estilo de magisterio traslucía “el amor que está a la base de una verdadera justicia” (*Misericordiae Vultus*, 21). Lo vivía así y lo hacía sentir convencida de su validez.

Al grupo de catequistas les transmitía ese convencimiento: “Al corazón no se llega más que con amor, con muchísimo amor”. Con subrayado incluido para dar énfasis a una palabra generadora de actitudes, convicciones y comportamientos; a un sentimiento que llenaba de sentido los objetivos, los conocimientos, la metodología y las interrelaciones del proceso de enseñanza-aprendizaje y las finalidades de la acción catequética.

Amor que tampoco pasó desapercibido en Hornachuelos. Fueron muchas las formas de expresar sus habitantes el cómo recordaban a la que fue maestra de las niñas del pueblo. De ella dijeron que valoraba a sus alumnas, que facilitaba orientación y material a los maestros que atendían el aula de niños, que reclamaba las mejoras necesarias para las escuelas del pueblo. Uno de sus compañeros maestros afirmó que “en la escuela cumplía hasta el máximo, fuera con su ejemplo, con su caridad y con la práctica de ésta”. De ahí que con independencia de posiciones ideológicas y religiosas se la reconocía y estimaba: “Fue una excelente maestra. Los que éramos amantes de la cultura no teníamos más remedio que quererla [...] Una mujer con espíritu, dedicada totalmente a la Iglesia y a su escuela. Sus obras de caridad eran constantes; no había pobre que se le acercara que ella no atendiera, y con largueza” afirmó uno de los vocales del Concejo Local de Enseñanza.

El maestro Jesús Fernández Monserrat, observador atento de su actuación en la escuela, lo narra de este modo: “Todas las maestras y maestros del pueblo reconocíamos que su escuela era modelo; su puntualidad proverbial, preparaba concienzudamente sus lecciones, conocía individualmente el carácter y circunstancias de cada una de sus niñas. En una palabra, vivía como nadie la responsabilidad de su magisterio. Era maestra dentro y fuera de la escuela. Era maestra de chicos y mayores”.

Amor y vocación educadora manifestadas igualmente al otro lado del muro de la escuela: “acogía con cariño a la gente de su pueblo”, “en sus conversaciones su tema eran las necesidades del pueblo... era mujer que amaba la justicia” no había pobre que se le acercara que ella no atendiera, y con largueza”, “la querían igual los del gremio de los ricos que de los pobres” que sentían su mirada de respeto y de atención.

Su compromiso personal con el pueblo de Hornachuelos lo demostró desde las primeras gestiones realizadas en el momento de incorporarse como maestra; pero la responsabilidad asumida fue creciendo a medida que se conmovía con el conocimiento de personas y de circunstancias especiales, ante las que no podía sino actuar. Verificaba de esta manera las intenciones, las actitudes y los comportamientos queridos, porque “la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor” (*Bula de Convocación del Jubileo de la misericordia*, 6), y así lo entendía Victoria.

Estuvo muy pendiente del bien de aquella gente, de la justicia debida, de la libertad para vivir y expresar la fe, del respeto conveniente a la escuela, a la maestra, a la educación de las niñas en momentos fáciles y en situaciones que no lo fueron, como leemos en un apunte de su diario: “Este pueblo, mi pueblo. El que Tú me has encomendado. Pídeme precio”. Muy consciente de cómo se iba enrareciendo el clima general de España y también de Hornachuelos, se puso en juego en primera persona, sin condiciones en el precio que estaba dispuesta a pagar, como más tarde demostraría con creces. Apuesta fuerte porque tenía la experiencia de que la misericordia produce alegría y no quería que el peligro atisbado se interpusiera a esa actitud. Como el Papa Francisco ha recordado: “No permitamos que las aflicciones y preocupaciones nos la quiten; que permanezca bien arraigada en nuestro corazón y nos ayude a mirar siempre con serenidad la vida cotidiana” (Misericordia et Misera, 3).

Un amor que no conoce límites

Sus aportaciones al pueblo fueron evidentes a los ojos de cualquiera. Entregada e innovadora en la escuela, comprometida y testimonio de fe desde la parroquia, atenta y respondiendo a cuantas necesidades observaba con esa llamada de la caridad que llena de amor la justicia; amiga de sus amigas, cuidando a su madre y dejándose cuidar por ella. Al estilo del mensaje del Papa Francisco: “la alegría de atravesar la Puerta de la Misericordia se une al compromiso de acoger y testimoniar un amor que va más allá de la justicia, un amor que no conoce confines”. Este era el convencimiento de Victoria y así se propuso hacerlo realidad en cuanto estuviera de su mano.

No le era fácil pasar desapercibida, que se viera como algo común su proceder habitual, que pudiera disimularse lo que compartía con cada persona, sus intervenciones en los lugares y circunstancias que, a su entender, lo demandaban, desde la conciencia de que “la misericordia se hace visible y tangible en una acción concreta y dinámica” (Misericordia et Misera, 16). Acciones para agradecer y acciones para reclamar. Victoria quería mostrar la misericordia de Dios en la vida de cada día, sentía la urgencia de anunciarla, de compartirla, y esta convicción encarnada hacía que se percibiese su vida como auténtica, creíble, digna de respeto, a la vez que provocadora en tiempo de paz quebrada. Seguramente demasiado en unos años donde las ideas, la convivencia y los intereses de grupo sufrieron la desventura de un enfrentamiento creciente, escrutador de culpables, justiciero de desagravios, ávido de decisiones intimidatorias.

Victoria llevaba tiempo en el centro de algunas miradas que proyectaban en ella el sentimiento de rechazo al catolicismo y a quienes lo manifestaban con especial coherencia. El incendio provocado en la parroquia y algunas advertencias anticipatorias a partir de 1934, fueron el prólogo de una detención antes de que la guerra civil cumpliera su primer mes.

El 11 de agosto de 1936 por la tarde fueron a buscarla a su casa; era requerida para tomarle una declaración. Su madre siente el dolor de esta salida y Victoria es conducida a una de las casas del pueblo, la de don Paco, que había sido ocupada para dedicarla a prisión. Es consciente de lo que significa, de lo que le espera, y se prepara en la oración. La noticia se extiende por el pueblo con rapidez. Algunas de sus alumnas se acercan a las ventanas y a través de una de ellas la observan que está rezando. Las reconoce por sus voces comentando lo que ven y los sentimientos que les produce. Se acerca y les hace el encargo de llevar a su madre una nota que escribe. “Mamaíta no se alarme usted; estoy aquí hasta que me tomen declaración; estoy en casa de D. Paco. Un abrazo. Por Dios no se alarme, tenga fe”. Añade debajo una frase para su amiga Agustina, hermana del párroco, que fue a vivir con ellas cuando detuvieron al sacerdote: “Cuidala, que no salga a no ser contigo”.

Un momento de decisiva madurez humana y espiritual en el que se nutre de la convicción que la ha acompañado desde su temprana juventud: “Sabe Él muy bien que con risa o con llanto, lo llevo dentro del corazón y en primera fila”.

La verdadera ‘toma de declaración’ no fue la de esa tarde ante hombres que no conocía, aunque preparó la siguiente, la verdadera, la que se produjo durante la caminata a pie en una noche crisol de motivaciones, de ideales, de una intensidad de emociones seguramente desconocidas hasta entonces. Un itinerario hasta la “Mina del Rincón” que hacía con un grupo de amigos, de conocidos del pueblo, entre ellos el párroco, a los que no dejó de alentar durante los doce kilómetros de trayecto. Sí, la única mujer, sí joven, pero acostumbrada a liderar grupos y a sostener los mejores deseos de cada corazón, tuvo fuerzas para ir desgranando exclamaciones que situaran en el don supremo al que eran conducidos: “Ánimo”, “Daos prisa, nos espera el premio”, “Veo el cielo abierto”. Fue la última del grupo en ser llamada. Le propusieron salvarla, pero su amor era más fuerte que la muerte y estaba preparada; unos días antes de comenzar la guerra civil había comentado a una compañera: “Tengo el presentimiento de que me matarán en Hornachuelos”. Entregó su vida en la madrugada del 12 de agosto de 1936 reiterando el testimonio de su fe.

La apertura de su Causa de Beatificación se inició en la Diócesis de Córdoba el año 1962, y fue proclamada Beata en Roma el día 10 de octubre de 1993 en el Pontificado de Juan Pablo II. Monseñor Carlos Amigo, arzobispo de Sevilla, escribió entonces: “No, no fueron simplemente unas circunstancias determinadas, [...] sino el testimonio de esa fe, fuerte y humilde, que había manifestado durante toda su vida. [...] Ahora bien podía ratificar con el martirio el compromiso, una y otra vez repetido: no volveré la cara al Señor”.

Una cripta excavada bajo la Capilla de la Sede Social de la Institución Teresiana en Córdoba (Plaza de la Concha, 1) guarda el cuerpo de Victoria Díez. Lugar de memoria y de oración que recibe diariamente la visita de numerosas personas que la admiran, le encomiendan sus necesidades y le dan gracias.

Un modo de estar en la vida y en el mundo, en ese pequeño espacio del universo donde habitamos, desde la transversalidad del amor, que no ha quedado en el olvido. Su vida y su testimonio continúan siendo referencia para muchas personas en numerosos países del mundo; individualmente o en centros y proyectos de carácter social y educativo.

Su nombre figura en el Colegio de Hornachuelos levantado en 1929 a instancias de Victoria; un edificio que se conserva en la actualidad prácticamente tal y como estaba en su época, dedicado a recordar a la maestra que durante ocho años desarrolló allí la tarea de enseñar y de aprender, de educar. Hoy el centro educativo funciona en una construcción moderna como Colegio de Educación Infantil y Primaria Victoria Díez.

En Sevilla lleva el nombre de Victoria Díez un Colegio de Educación Infantil y Primaria de la barriada de Los Pajaritos. Al constituirse la Fundación Diocesana de Enseñanza, titular de todos los Colegios diocesanos de la provincia sevillana, se eligió como nombre de la misma el de Victoria Díez. Y en la provincia, en Coria del Río, funciona el Centro Cultural Victoria Díez.

En Córdoba, el nombre del Instituto Superior de Ciencias Religiosas es ‘Beata Victoria Díez’, y en Hornachuelos tiene una reconocida actividad el Centro Socio Cultural Victoria Díez. En Teruel encontramos en el Colegio Victoria Díez de Educación Infantil, Primaria y Secundaria. En Móstoles, Madrid, el Centro Victoria Díez de apoyo escolar.

También fuera de España alcanza su influencia. En la Victoria Díez Hostell de Karnataka, India; en la Cooperativa Victoria Díez de economía solidaria, en Davao, Filipinas; en el Centre de Formation Victoria Díez de Kikwit, República Democrática del Congo; en el Colegio Victoria Díez, de Santa Cruz, Bolivia; en el Proyecto Socioeducativo Victoria Díez de Caracas, Venezuela; en Guatemala el Centro Cultural Victoria Díez; y en Minas Gerais, Brasil, el Centro Victoria Díez; en León, Guanajuato, México, el Centro de Derechos Humanos Victoria Díez; el Victoria Center de Chicago, Estados Unidos. Y en numerosas asociaciones, proyectos, parroquias, canciones, pinturas, esculturas, obras de teatro, etc., de diversos países.

¿Qué puede atraernos de Victoria Díez?

En el propósito de señalar algunos de los motivos por los que esta maestra despierta interés, en parte coincidentes con los de otras muchas personas que también buscaron hacer de su vida una generosa respuesta al don de la fe, seleccionamos los siguientes:

Su ‘experiencia humana’, que estuvo siempre atenta a la vida, encarnada en los hechos cotidianos, afectada por las personas en sus situaciones concretas y entregándose siempre con generosidad y con cercanía. Nos atrae quizás porque confronta los comportamientos que, con demasiada frecuencia, reflejan olvido, distancia, sin encontrar el momento oportuno para mirar y actuar con empatía.

De ella satisface y estimula de manera especial su determinación y entereza para el anuncio de la Palabra y para ser testimonio de ‘experiencia creyente’. El cómo acertó a encarnar el Evangelio, los valores del mensaje de Jesús, de manera inequívoca y atractiva para quienes la veían y escuchaban.

Se admira su constancia y dedicación a enriquecer y a expresar la fe recibida en la escucha de la Palabra de Dios en la oración y en los sacramentos, donde “la misericordia se nos da en abundancia” (Misericordia et misera, 5), y es alimento para la radicalidad del compromiso.

En esta maestra se valora el que pasara “haciendo el bien” (Hechos 10,38), demostrando que la entrega, el servicio, el amor es posible: “Yo procuro hacer cuanto mis fuerzas pueden, pero este pueblo necesita que se trabaje sin descanso”; que el Evangelio fuera su fuente de inspiración y de sentido, donde anclaba una entrega dinámica, actualizada cada día: “¿Qué haré Señor para más agradarte? [...] Te pido que tu amor me transforme, que en él arda y en él me purifique. [...] Infúndeme fortaleza y valor para la lucha que me espera”.

La vida de Victoria era y es atrayente porque deja traslucir referentes claros de valor: excelencia profesional, vida espiritual intensa, servicio a las personas de su entorno, compromiso en instancias civiles y en tareas apostólicas. Con esas actitudes que el Papa Francisco describe para los sacerdotes pero que están llamadas a ser patrimonio de cualquier creyente: acogida, mediación de la ternura de Dios, solicitud para ayudar, claridad de principios, disponibilidad para acompañar, generosidad en el perdonar (Misericordia et misera, 10).

Para quienes nos movemos hoy entre mucha incertidumbre y cierto desconcierto, Victoria Díez y Bustos de Molina aporta algunas claves que pueden iluminar a quienes se acerquen a su vida:

- * Para identidades débiles: Respondió a una vocación educadora y evangelizadora que imprimió carácter y configuró en ella una personalidad recia.
- * Para la increencia o para una fe vacilante: Alimentó en la oración la certeza y dio testimonio de una fe arraigada, verdadera, confesante.
- * Para el desarraigo de la globalización: Mujer encarnada en el pueblo -al que consideraba el propio-, compartiendo tanto las fortalezas que daban tranquilidad como las debilidades que habían de superarse.
- * Para el consumismo de la insatisfacción: La misericordia y la generosidad de su compartir como dispensadoras de la justicia y de la dignidad debida a quienes carecían de lo necesario.
- * Para el relativismo ideológico y cultural: Una maestra y una católica que profesaba y compartía referencias de valor arraigadas.
- * Para la búsqueda de seguridad sedativa: una vida de entrega, de valentía, de confianza en la energía y fecundidad del amor.

La vida de Victoria Díaz y Bustos de Molina es argumento evidente de que la fuerza de una vocación vivida con profundidad, impulsa a comunicar la enorme riqueza que proporciona a quien responde con generosidad y esperanza. De ahí que no se dejara “robar nunca la esperanza que proviene de la fe en el Señor resucitado” (Misericordia et misera, 13); que el paso por duras pruebas no debilitara su seguridad en el Dios que la amaba incondicionalmente.

Ella, pero gracias a Dios no sola ella, sigue revelando que son posibles la entrega, el servicio, el amor, la misericordia, hasta el extremo de estar dispuesta y dar la vida en un acto heroico de fe. Le agradecemos el ser testimonio privilegiado de la misericordia de Dios.

Bibliografía:

Ávila Fernández, Alejandro (1995): “La Escuela Normal de Maestras de Sevilla a principios del siglo XX: un homenaje a Victoria Díez”, en *Espacio y Tiempo: Revista de Ciencias Humanas*, n.º. 9, pp. 149-160. ISSN 1885-0138

Fernández Aguinaco, Carmen (2004): *Victoria Díez: memoria de una maestra*, Madrid: Narcea, 19931, 96 pp. ISBN: 9788427710511

Francisco Aguayo Egido, José Antonio Morena López (eds.) (2005): *Mujeres cordobesas: su contribución al Patrimonio*, Córdoba, Diputación de Córdoba, 840 pp. ISBN: 8481541125

Galino Carrillo, Ángeles (1997): “Victoria Díez y Bustos de Molina. La vida puede más”, en AA.VV.: *Santas del siglo XX*, Barcelona: Planeta, pp. 109-164. ISBN: 9788418018381

Gómez Molleda, María Dolores (1966): *Cristo en primera fila*, Madrid: Publicaciones de la Institución Teresiana, 1966,

González, M^a Encarnación (2004): *Victoria Díez y Bustos de Molina, una vida de fe y compromiso*, Madrid: Institución Teresiana, 51 pp.

Grosso Sánchez, María Josefa (1939): “Veo el cielo abierto...”. *Vida y criterio de una maestra teresiana*, Madrid: Editor Ernesto Giménez, 192 pp. (19572, Madrid: Publicaciones de la Institución Teresiana)

Hawkins, Elizabeth (2003): *¡Hola, Victoria!: Conversaciones con Victoria Díez*, Madrid: Narcea Ediciones, 112 pp. ISBN: 84-277-1423-8

López García, María Luisa (2013): *La maestra M^a Victoria Díez en su entorno*, Madrid: Autora, 232 pp. ISBN: 978-84-616-3993-9

Martínez, F. J. (2001): “Beata Victoria Díez y Bustos de Molina”, en *Nuevo año cristiano*, vol. VIII, Madrid, Edibesa, pp. 281-291.

Ortega Serrano, Antonio (Cronista Oficial De Hornachuelos, Córdoba) (2017): “Homenaje a la Beata Victoria Díez “In Memoriam”, Real Asociación Española de Cronistas Oficiales: <http://www.cronistasoficiales.com/?p=65899>

Ortiz de Andrés, María Asunción (2004): “Un mundo nuevo para Victoria Díez”, en *Revista Crítica*, vol. 54, n.º. 914, págs. 82-87. ISSN: 1131-6497

Ortiz de Andrés, María Asunción (2005): “Una maestra para tiempos de crisis: Victoria Díez y Bustos de Molina”, en *Escuela abierta: revista de Investigación Educativa*, n.º. 8, pp. 355-367. ISSN: 1138-6908

Ramos Pueyo, María del Carmen (1997): *La laguna del pájaro azul. Ilustraciones de Victoria Díez*, Madrid: Narcea, 96 pp. ISBN: 9788427712201

Sánchez Ruiz Welch, Andrea (2011): “Victoria Díez: símbolo y figura de la pedagogía de Dios”, en *Franciscanum: revista de las ciencias del espíritu*, Vol. 53, n.º. 155, pp. 75-98. ISSN: 0120-1468